

Para nuestra amistad con Rimbaud

No conocí a Rimbaud. No estuve con él en ninguna calle, en ningún café, ni en la casa de Fulano, ni me acarició la suerte o la mala hora de que un viaje a pie o en tren de segunda nos encontrara.

En primer lugar no le conocí porque murió hace cien años, en 1891, en Marsella, poco después de espetar a su hermana Isabelle: «Yo iré bajo tierra a la oscuridad, mientras tú seguirás paseando al sol»... Llevaba en el cinturón monedas de oro que había ganado y aún no empezado a disfrutar.

Cuando alguien famoso muere —o le dan un premio que le eleve a la epifanía— sobran críticos que lo primero que escriben es «yo estuve con él...» o «me dijo en aquella otra calle...»; a veces, un poco más modestos: «nos contaba que...». De todas formas, a Rimbaud —en sus mejores tiempos de creador literario— nadie se ofrecía para recordarlo. Cuando murió, sólo asistieron la madre y la hermana al entierro. ¿Seríamos tan necios hoy?

Tal vez, tampoco por sus libros alcance a conocerle. Quién, antes de conocer a otro, podría escapar a su pregunta: «¿Conozco al menos la naturaleza? ¿Me conozco a mí mismo?».

Nació el veinte de octubre de 1855, en Charleville, ciudad francesa de provincia que expulsaba a los jóvenes y asfixiaba a Rimbaud; aunque la proximidad del río Mosa y su campiña están referidas en muy bellas páginas poé-

ticas. Fue hijo de una campesina con propiedades rurales y de un oficial de infantería. La madre era experta en silenciar sentimientos tras de una enérgica coraza de principios; el padre, un frustrado escritor (entre otras obras, tradujo comentado *El Corán*) que decidió que el hogar formado con Vitalie Cuif debía borrarse de su vida. En 1860 (cuando Arthur tenía cuatro años) se separaron para siempre. Los cuatro hijos (dos varones y dos mujeres) quedaron al exclusivo y excluyente cuidado materno.

Arthur, aventajado alumno del Liceo, desde muy temprano mostró deslumbrantes aptitudes literarias. Sus profesores empezaron a señalarlo como niño prodigio, cosa que la madre no supo recompensarle; el poeta niño, entre el fervor religioso de iglesia y la escuela, halló momentánea salida. Ya despuntaba en él una extraordinaria confianza en el poder adánico, nombrador de las palabras; adolescente, en los cafés inventaba absurdas historias, aventuras lujuriosas que los parroquianos le pagaban con una pinta de cerveza o unas migajas de tabaco.

Ávido lector, incursionaba en las páginas de sus «parnasianos contemporáneos», historia, y novelas libertinas del siglo XVIII. En fin, en todos los libros que el azar o los amigos depositaron en sus manos; entre ellos, tratados de cábala y alquimia. Se revistió, si no de erudita, sí de una apasionada formación ocultista. Esto lo llevó a soñar —cuando soñar es creer con toda el alma— en la posibilidad de crear el oro de los alquímicos, a la vez que conseguir el otro, material y concreto, que lo salvara de la miseria económica. En pocos poetas es doble encontrar más intenso sentimiento sobre la vida de las palabras, que podían alcanzarle la iluminación; y la subsecuente riqueza.

Acosado por la opresión de aquella estrecha Charleville natal, huyó hacia los tumultos de París en 1870. Son los tiempos en que el poeta va en búsqueda de su viden- cia; desde ahí, la biografía empieza a adquirir la velocidad del vértigo. No habrá otro destino que le convenza, ni «oficio» que le interese más de un par de meses. Ejercerá múltiples, rabiosamente, y para ganarse unos «luis- ses». Acosado por el hambre, París se le convierte en un gran estómago; y la desesperación de su madre le recupera sucesivamente de las huidas para propinarle castigos corporales y encierros.

En 1871, por medio de un anarquista anticlerical, contactó con Paul Verlaine. La necesidad de entreverarse

con los poetas de París, trasladarse de Charleville, probarse, lo arrojaron —provinciano, pobre y visionario— hacia la casa del ya famoso Verlaine. Nace una amistad satánica donde Rimbaud perfeccionará su estilo poético, pero no cambiará de cabalgadura. Se acompañan y se aman, disputan y vuelven a la complicidad de malditos. Es cuando alterna con espíritus luminosos de la época, de distinto signo. La pirámide social francesa, que entonces se destrona y vuelve a levantarse, siempre lo tendrá como un dinamitero. El positivismo en boga imaginó un paraíso hijo del progreso: cuando las máquinas logran la solución de las necesidades sobrevendrían la libertad y el deseo abiertos. Los misterios retrocederían ante la piqueta de la razón, la felicidad se hace con las manos. Es el siglo XIX un siglo atestado de mártires y de locos. Las ideas comentadas pontificaban de un extremo a otro, el apocalipsis, levantando una fe, una utopía envuelta en papel de regalo... Hacia falta creer y sacrificarse, seguir una doctrina; todo era posible desde que la Ilustración revelara los dioses de la nueva consolación. Rimbaud, de pie en aquella modernidad, proclama el nuevo evangelio, y se mofa: «El progreso. ¡El mundo que adelanta! ¿Por qué no habría de girar?». El poeta se hunde en la desesperación, la droga y la aventura. Canta a las tonadillas que revolotean en las grosellas, pero no se duerme. Ha sentado a la belleza en sus rodillas y encontrándola amarga la ha injuriado. Se entrega a las brujas. Es necesario desordenar los sentidos, un programa estético hecho de lucidez alucinada. Hay que volver a la barbarie inicial: sin embargo no engrasa su «melena como los antepasados galos». Vivimos en un siglo de manos, dice, en un siglo de oficios «todos innobles». «Lo mejor es soñar borracho sobre la arena»... escribe en *Una temporada en el Infierno* (cuya primera edición supervisó personalmente).

La tormentosa relación con Verlaine reviste episodios marcados por el agujero en la fe que ambos encarnaban. Finalmente, Verlaine, cuando purga su condena por un balazo que disparara contra Rimbaud alimenta una sorprendente pasión mística. «Amémonos en Jesucristo», fue su propuesta, de la que Rimbaud abominara. Una noche de puñetazos acabó con aquella amistad, y nuestro poeta continuó en su senda de condenado. Estaba a tal punto atravesado por la errancia que escribió a su familia: «Me gustaría recorrer el mundo entero que,

bien mirado, no es tan grande. Quizás entonces encontrara un sitio que me agradara lo bastante». Recorrió Europa, gran parte de sus distancias a pie y magro de alimentos, tan magro que en ocasiones se le hicieron llagas en el estómago de frotarse vacío contra las costillas. Su método fue siempre antes la entrega del cuerpo y el alma que la disciplina: no medita ni dispone concienzudos análisis, expone su ser como herida abierta a la sal y a los esquivos bálsamos del mundo. Siendo adolescente aún reconoce «la horrible cantidad de fuerza y de ciencia que la fortuna ha alejado siempre de mí». Ello opone su cuerpo y su videncia; la irisación del fuego espiritual que despierta. Nos dice que es un oráculo lo que proclama, él, para quien «no hay una familia de Europa que no conozca. Me refiero a familias como la mía, que todo se lo deben a la declaración de los Derechos del Hombre».

En 1873 viaja a Londres, donde ya había estado con Verlaine, y vive una breve reconciliación familiar. Es sorprendente la actitud del poeta, según el diario de su hermana Vitalie. Acompaña a la madre por calles y tiendas londinenses, se preocupa del bienestar de la hermana, intenta conseguir un trabajo que provea un orden exterior en su vida. Ya había publicado *Una Temporada en el Infierno*, con verdadera ansiedad por la opinión de la crítica literaria que, ominosamente, le dio la espalda. Así, no hay cauces favorables para su torrente interior: su familia le despide para retornar a Charleville y Rimbaud intentará porvenir como profesor de idiomas. Es muy probable que en esos momentos haya escrito, desilusionado de tanto comedido fracaso, «la vida es la farsa que todos representamos», y el otro poema en prosa titulado «Democracia». Abandona el trabajo en Inglaterra para reiniciar su vagabundeo por París, Alemania, Suiza, Italia... Tras la posterior repatriación a Charleville, estudia —dentro de un armario— árabe y ruso. Y quizá, movido por las intuiciones de las correspondencias esotéricas de las cosas aprendidas en Baudelaire, incurre en una nueva pasión: el estudio de la música. Talla con un cuchillo el teclado del piano en una mesa de su casa: estudia ahí su teoría hasta que su madre accede en alquilar el instrumento. ¿Por qué la música? Dicen los que comen el peyote o beben otros cualificados alucinógenos que —en trance— la estructura de las cosas se les revela de una geometría perfecta. Los pitagóricos, que

la esencia última es perfecta como escalas musicales que resuenan de astro en astro, y resuenan asimismo en el corazón humano... Los caminos de la videncia —en fin— también podrían ser musicales para el poeta Arthur Rimbaud.

Hay un paradigma formidable en su vida que es siempre el umbral de las sorpresas: a los diecinueve o veinte años abandonó la literatura. Lo releemos y no hay otra tentación más poderosa que la de volver a sus páginas. Inevitablemente, uno presiente que la mayoría de los diversos y atormentados rebeldes, visionarios teólogos románticos del apocalipsis y la redención que en el siglo XIX hubo, acaban sentando teorías. Teorías que sirven para convertirse en doctrinas. Rimbaud se nos eclipsa cuando pretendemos explicarlo: después de tan breves años de escritura, es seguro que lo encontramos en la culpa por las inocencias violadas, también en el vómito sobre ciertos estribillos de moda... Sospechamos que por obra de sus intuiciones y de «creer sagrado el desorden de los sentidos» se ahorró bastante del arduo camino andado por otros buscadores. En su obra se presiente una relación estremecedora entre las distintas caras de la numerosa realidad. Es posible que por eso estudiara diversas lenguas, piano, límites de la poesía, matemáticas, y, autoexiliado en África —la maravillosa forma de desadherirse de prejuicios— pretendiera poseer copiosas técnicas manuales en pocos meses.

¿Por qué deja temprano —increíblemente temprano— de escribir? En *Una Temporada en el Infierno* había escrito: «Abandonaré Europa. El aire marino quemará mis pulmones, los climas perdidos me curtirán. Nadar, machacar la hierba, cazar, fumar sobre todo; beber licores fuertes como metal hirviente, como hacían esos queridos antepasados alrededor del fuego. Volveré con miembros de hierro, la piel oscura, el mirar furioso: por mis máscaras se me juzgará de una raza fuerte. Tendré oro, seré vago y brutal».

Allí cumplirá con varias líneas de su programa. Estará a salvo de la miseria, del servicio militar y del parnaso de los literatos ilustres. Se hizo ciudadano de aquel otro mundo; protegido quizá del terrible fulgor de sus propias videncias, quizá menos atormentado por la unilateralidad de su cultura, quizá preparando una dudosa vuelta en mejores condiciones a Europa.

Pero el cáncer acabó prematuramente con su vida a los treinta y siete años de edad, en 1891. Hacia esas fe-

chas, cuando en una ocasión le dijeron que su *Libro de las iluminaciones*, (reunido por Verlaine sin su conocimiento de Rimbaud) se editaba con éxito en París, respondió, «mierda para la literatura». Volvemos a recordar que no había escrito más poesía desde los diecinueve o veinte años. Sin embargo, su vida literaria continúa actual, inexorable, despierta.

¿Es actual Rimbaud?: «Un niño joven, sin patria, sin madre, descuidado de cuanto se conoce, esquivo a toda fuerza moral, como ha habido ya lamentablemente mucha gente joven». Como los jóvenes de las generaciones de la últimas posguerras, canta el fin de las razas y de las fronteras. «Hay que ser muy moderno, siempre muy moderno», proclamó ante esta civilización que él veía muy envejecida, de raíz. Luego, constató, anunció oracular, «el tiempo de los asesinos». No sólo dios ha muerto, sino que han aniquilado nuestra pasión. Por ello hay que desordenar los sentidos. Ciudades, puentes, metropolitanos, hoteles, trabajo, fábricas del mundo que adelantaba, el nuevo evangelio nos arrastra a una pesadilla de humanos paralizados y huecos.

Hay que acostumbrarse a la alucinación simple, y creer sagrado el desorden del espíritu. Occidente lo ha cubierto todo: una civilización que él conoce a pie y en el vértigo de una avidez espiritual que le llevó a las lecturas más axiales, al conocimiento de las ciudades por el corazón. Hay que empezar de nuevo, iniciarse en la sabiduría de esta aventura cuya lujuria creadora debe estar en el caos, en otra legalidad, la de «un yo que es otro». Por ello, quizá desde copiosas décadas, entonces, padecemos la falacia de creernos inventores. Quizá sólo haya un deseo posible en la acción: el de reventar.

Cuando la parafernalia positivista había imaginado la posibilidad del paraíso a propósito de la ciencia y el progreso, la democracia vigilada y el populismo, Rimbaud es uno de los malditos que alzaron su aullido. Clamor en el desierto. Después de transitar en un viaje alucinante por los oficios, países, costumbres y revoluciones, decidieron abandonar Europa. Marcharon a África, entonces hipotético reino de los salvajes y la incultura. Asumidos decadentes que escribían con un cuchillo en la gorda piel de la costumbre. Ya sabían que las enfermedades indagatorias en la propia realidad, tan occidental y cristiana, arrastraban a las generaciones triunfantes. Quizás hoy tampoco nos hayamos resignado. Pero de inven-

tores no es seguro que tengamos mucho. Ya en el siglo XIX, estos desesperos esenciales sacudían a algunos aventureros. Y la aventura no estaba en los meandros de las agencias de viaje.

Estas reflexiones son a propósito de la biografía de Enid Starkie¹, por nosotros conocida después de la necesaria, interminable relectura de la obra de Rimbaud. La biografía fue trabajada por su autor desde un libro de 1947, hasta la edición definitiva de 1961. Un libro que en la actualidad no revela piedras preciosas, no es tampoco hijo de iluminaciones subsecuentes al toque rimbaudiano; es fruto de la pesquisa, de una cuidadosa disciplina que indaga no sólo en el poeta sino en su mundo, e inscribe la obra del autor dentro de el acontecer vital de cuando se escribió. Nos cuenta la tala de árboles practicada por los franceses para frenar la entrada del ejército prusiano, y las emociones de Rimbaud ante la pérdida de su entrañable bosque de tilos; la probable vejación sexual que padeció antes de escribir «el corazón robado»; la conexión de los colores con las vocales propuesta por el poeta para su alquimia del verbo, que encajan perfectamente con la gradación dada por los alquimistas para el proceso de transformación de la materia (desde el negro, pasando por el amarillo, el rojo, hasta el verde y el azul).

Enid Starkie ha sabido encontrar ordenadas claves, enriquecedoras, para la lectura de Rimbaud; nuevas lecturas de este poeta siempre enriquecedor. En la biografía se sospecha que la formación ocultista le abrió una enorme brecha en la cultura oficial; compatibilizó la inocencia del genio con ideas anteriores al cristianismo y afines a una tradición demiúrgica. A la vez que colma nuestras curiosidades el asombroso rastreo que, en conjunto, se ha realizado sobre su vida. Se han consultado opiniones de remotos contemporáneos de colegio y bohemias, así

como los recuerdos familiares compilados por su hermana Isabelle y por Berrichón, convertidos en escritores para fisgar historias del poeta, fallecido muchos años antes. Quizás el mejor mérito del libro (como en numerosas biografías hechas por ingleses) reside en la disciplinada objetividad, y en su flemática, detectivesca búsqueda de los pasos perdidos del poeta. Ya la elección de la ilustración de la portada nos parece un acierto acerca del significado del libro: Siruela nos pone allí una fotografía de Rimbaud tomada por él mismo en Harar, año 1884. No el niño, el adolescente con la voz más hermosa de la poesía contemporánea francesa, sino el aventurero vendedor de café, traficante de armas y probablemente de esclavos. El caminante infatigable con gesto de dandy y de místico, en la remota Abisinia. La biografía de Starkie se propone y logra darnos una semblanza de Rimbaud, del poeta y de su vida más larga que los trazos dejados por su pluma silenciada antes de los veinte años.

Sí nos incomoda una especie de desprecio por los lectores extraños al dominio de la lengua francesa. La mayoría de las citas de Rimbaud se han realizado sin traducción, al mismo tiempo que numerosas reflexiones, apostillas, curiosidades. Habiendo varias ediciones en castellano, pensamos que los editores podrían haberlas introducido, a elección, en las bastardillas destinadas a los que por «bastardos» no leen el francés.

Por lo demás, la edición es bella, generosa en su aspecto gráfico y de obligada consulta para los que con tanto temblor amamos la obra de Arthur Rimbaud.

Rafael Flores

¹ Enid Starkie, *Ediciones Siruela, Madrid 1989*. Arthur Rimbaud.

